

**Aparecida,  
un compromiso con  
la vida de los pueblos  
latinoamericanos**

**Víctor Manuel Ruano Pbro.**

*Vice-rector Académico del ITEPAL*

---

## Introducción

El acontecimiento Aparecida ha sido un firme compromiso de la Iglesia por la vida de los pueblos del Continente, principalmente por aquella “vida en plenitud” que Cristo Camino, Verdad y Vida, ofrece a sus seguidores y al mundo.

En la primera parte presentamos el evento Aparecida en continuidad con las anteriores Conferencias del Episcopado, describimos su proceso preparatorio, reflexionamos sobre su celebración y planteamos, algunos de sus temas candentes.

En la segunda parte, hacemos una lectura del Documento Conclusivo, desde la categoría “vida”, como el elemento con el cual se va tejiendo el texto. La vida nueva en Cristo es el núcleo fundamental de la propuesta que hacen los obispos para la nueva evangelización en el continente, durante los próximos años.

### I. **Aparecida, una nueva época para la misión de la Iglesia en el continente**

#### **a. *En continuidad con las Conferencias anteriores***

El Papa Benedicto XV al inaugurar la V Conferencia afirmó que, tan importante acontecimiento eclesial, se celebraba “en continuidad con las otras cuatro que la precedieron en Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo”<sup>1</sup>.

Estos eventos han estado animados por “el mismo espíritu” y han incidido positivamente en la vida y praxis pastoral de las comunidades

---

<sup>1</sup> Benedicto XVI, Discurso Inaugural V Conferencia, n. 2.

cristianas del Continente. No me explico por qué motivos o intereses, cuando se iniciaba la preparación de Aparecida hubo intentos, en algunos sectores eclesíasticos, por acabar con esta experiencia eclesial que es única en el mundo católico. Sus logros, en estos últimos 50 años, están a la vista de todos.

Probablemente tal resistencia estaba impulsada por no estar suficientemente fundamentada en el Derecho Canónico; o por negarle valor de Magisterio eclesial a los documentos que produce; o por pretender estrechar el radio de acción a la reflexión teológica y a las iniciativas pastorales de los pastores en sus propios contextos socioculturales y eclesiales, limitando así, la creatividad y corresponsabilidad de las Iglesias particulares y opacando el esfuerzo por configurar el rostro propio de las iglesias autóctonas.

Para resolver la cuestión fue determinante la palabra del Papa Juan Pablo II al pedir a los obispos que mantuvieran la tradición eclesial de esos eventos, tal como se han venido realizando desde la primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en 1955.

En esa línea de continuidad el Papa, en el Discurso Inaugural, trazó la finalidad de la V Conferencia: “los Pastores quieren dar ahora un nuevo impulso a la evangelización, a fin de que estos pueblos sigan creciendo y madurando en su fe, para ser luz del mundo y testigos de Jesucristo con la propia vida”<sup>2</sup>.

Por lo tanto, no hay ruptura con el pasado de la Iglesia latinoamericana en los últimos 50 años, sino una creciente continuidad, una atractiva madurez eclesial y una serena afirmación de las opciones pastorales para impulsar la evangelización.

Esto quiere decir, que se asume la herencia de **Río**, como llamada a la unidad y a la integración continental de los pueblos y sus iglesias locales; se asume **Medellín**, como compromiso liberador con los pobres y lucha frente a la injusticia institucionalizada; se asume

---

<sup>2</sup> Ibid.

**Puebla**, en su dinámica de comunión y participación para impulsar la evangelización; y se asume **S. Domingo** que, desde la centralidad de Jesucristo impulsa la inculturación del evangelio, la promoción humana y la nueva evangelización

En síntesis, “el tema de fondo que unifica todas las Conferencias Generales es la Evangelización”<sup>3</sup>, por eso, las cuatro categorías que expresan la herencia sobre la que se construye Aparecida, se pueden mostrar así: unidad e integración eclesial latinoamericana, liberación cristiana y justicia social, comunión y participación en la evangelización, inculturación del evangelio y promoción humana en la nueva Evangelización.<sup>4</sup>

Asumiendo éste patrimonio, Aparecida apuesta por la identidad del creyente y de la Iglesia; profundiza en el redescubrimiento de la vida de Jesucristo que llama a vivir gozosamente en su seguimiento; impulsa a ser testigos audaces en el mundo para generar, “partiendo de Cristo”, vida auténtica en nuestros pueblos; y anima a la Iglesia en la opción para vivir en estado permanente de misión.

Se abre pues, con muchas esperanzas, una nueva época para la Iglesia en América Latina, confiada en el seguimiento de Cristo, comprometida con el anuncio del evangelio y al servicio de la vida.

### ***b. Un proceso preparatorio de dimensiones eclesiales que despertó la alegría de ser discípulos del Señor.***

Numerosas Iglesias particulares a lo largo y ancho del Continente, con sus obispos, presbíteros, religiosos, religiosas, laicos y laicas, vivieron

<sup>3</sup> CELAM, Síntesis de los Aportes Recibidos, n. 24.

<sup>4</sup> El texto que recoge los aportes llegados al CELAM, consecuencia del proceso preparatorio hacia Aparecida afirma que “se puede sintetizar muy esquemáticamente, diciendo que la principal preocupación de *Río* fueron los evangelizadores, de *Medellín* la persona humana y la sociedad latinoamericana; de *Puebla* la Iglesia y de *Santo Domingo* Jesucristo. En esta perspectiva se puede apreciar la continuidad temática que presenta la V Conferencia con las cuatro anteriores: el centro de su preocupación pastoral es la vida plena en Cristo tanto del sujeto individual, discípulo-misionero, como del sujeto colectivo, que se realiza en la Iglesia para el bien de nuestros pueblos” (CELAM, Síntesis de los Aportes Recibidos, n. 24).

intensamente la fase preparatoria de Aparecida. Como es obvio, otras muchas permanecieron indiferentes, quizá por la falta de liderazgo de sus pastores; o por el prejuicio de que nada nuevo podría aportar Aparecida; o por el síndrome del desencanto y el cansancio que padecen no pocos agentes de pastoral.

Para quienes asumieron el reto de Aparecida, fue un camino recorrido “con el oído puesto en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo”<sup>5</sup>, es decir, que desde la fascinante y atenta escucha de Dios buscaron situarse en el actual momento histórico para redescubrir la alegría de ser discípulos misioneros de Jesucristo y, desde esa experiencia, contribuir a la construcción de un mundo distinto mediante el anuncio del evangelio y un estilo de vida que asume lo enseñado por Jesús.

Así, parroquias, Comunidades Eclesiales de Base, Nuevas Comunidades y Movimientos Laicales, aprovecharon ese tiempo de gracia para impulsar la nueva evangelización en el contexto socio-cultural de hoy desde la riqueza de sus propios carismas y funciones.

Poco a poco fueron redescubriendo el valor de la experiencia de encuentro con Jesucristo vivo para llegar a ser auténticos discípulos, comprometidos con la misión de la Iglesia, con la transformación del mundo y con la consolidación de sus propios espacios eclesiales.

### *Discernimiento*

La primera vez que los obispos plantean la necesidad de una nueva Conferencia General acontece en la Asamblea del Consejo Episcopal Latinoamericano, celebrada en Caracas, 2001. La propuesta viene del Cardenal Oscar Rodríguez, Arzobispo de Tegucigalpa. La iniciativa encontró inmediatamente una amplia y entusiasta acogida, lo cual era signo de que los tiempos estaban maduros, después de 15 años, para vivir una nueva experiencia del Espíritu y de Iglesia, en el marco de una Conferencia General del Episcopado.

<sup>5</sup> CELAM, Documento de Participación, Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, n. 68.

En la siguiente Asamblea del CELAM celebrada en Tuparendá, Paraguay, 2003, la Presidencia del CELAM recibe el encargo de “animar y coordinar, en comunión con la Santa Sede, la participación de las Conferencias Episcopales en la preparación y celebración del V Conferencia”. Con tal mandato se intensifican las consultas a la Santa Sede y a las Conferencias Episcopales, para comprender el nuevo contexto sociocultural y sus desafíos para la misión de la Iglesia, definir los objetivos, diseñar el proceso y reflexionar sobre la temática.

Un momento clave en esta búsqueda se da cuando en Puebla, México, en febrero del 2004, se celebran los 25 años de la III Conferencia General. En esa ocasión los obispos reflexionan sobre los grandes cambios religiosos, éticos y culturales acontecidos recientemente en la vida de nuestros pueblos y en la Iglesia, cambios que están provocando dolores de parto de una nueva época, cambios que están pidiendo respuestas nuevas y creativas a nuevos interrogantes y nuevas situaciones.

Al realizar el discernimiento pastoral del tiempo actual, desde la conciencia y responsabilidad de ser los pastores del pueblo de Dios que camina en América Latina y El Caribe, concluyen sabiamente que el fundamental núcleo temático que debería abordar la V Conferencia es la identidad del discípulo de Jesucristo para generar vida digna en los pueblos.

Esta lúcida intuición profética aclaró la visión pastoral de los obispos e impulsó la preparación con más dinamismo y creatividad. Brotaron esperanzas y anhelos de renovación para superar un cierto desencanto y desilusión que se venía percibiendo en diversos ambientes eclesiales.

En esta luminosa inspiración subyace el itinerario pastoral de *Ecclesia in America*, cuyo planteamiento central es partir del encuentro con Jesucristo vivo, como experiencia que consolida y fundamenta la identidad y la misión del discípulo. Emerge con cierta claridad que es el discípulo, el sujeto que debe responder a los grandes desafíos del tiempo actual.

Sobre tales consultas y reflexiones el Papa define el tema el 7 de julio del 2005: ***Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.***

### *Documento de Participación*

Contando ya con el tema aprobado, se aceleró la elaboración del Documento de Participación. Era el primer instrumento que se enviaba a las comunidades cristianas y a sus pastores, con el fin de participar activamente en todo el proceso. Un equipo de teólogos, biblistas y analistas sociales, integrado por obispos, presbíteros y laicos trabajó arduamente en su elaboración. Viene publicado en septiembre del 2005, dando inicio así al estudio y reflexión del mismo.

Se abre la oportunidad para que un buen número de Iglesias particulares empezaran a movilizar energías, a convocar a sus agentes de pastoral y a impulsar la misión con mayor ahínco y entusiasmo. Lamentablemente un considerable número de jurisdicciones eclesíásticas reaccionaron muy tarde a la convocatoria de participación, perdiendo así, un tiempo *kairotico*, para renovarse en el seguimiento de Cristo y en el ardor misionero.

En algunos círculos eclesiales especializados, este Documento generó decepción, por mostrar una teología que no estaba en plena sintonía con el Vaticano II y no recogía la reflexión teológica posterior; por reflejar una ruptura con la reflexión teológica latinoamericana y el Magisterio eclesial contenido en las cuatro Conferencias anteriores; por no asumir la praxis pastoral propia del continente. Sus críticos percibían una preocupante involución en temas tan importantes como la eclesiología, la cristología, la relación Iglesia-Mundo, la salvación en la historia. El horizonte del Reino en la misión de la Iglesia y su compromiso con el mundo y en la historia, desaparecía por completo; una visión del evangelio centrada en lo que Jesús hacía y anunciaba y una praxis pastoral liberadora, no eran asumidos; la opción por los pobres y la lucha por la justicia, se planteaban de un modo tangencial. Además, el Documento desconocía el método teológico pastoral: “ver, juzgar y actuar”, pues partía de principios generales y universales aplicables en cualquier contexto cultural o geográfico.



Para el teólogo español Ángel García-Zambrano<sup>6</sup>, misionero del S. Corazón y con muchos años de servicio en América Latina, el Documento de Participación no respondió “a los problemas que actualmente aquejan a la población latinoamericana ni a los que tiene planteados la Iglesia”, más bien reflejó una “involución generalizada”. Él sostiene que ese Documento se ubica “al margen de la realidad”, lo cual “no quiere decir desconocerla o cerrar los ojos a ella. Significa reconocerla pero prescindir de ella a la hora de reflexionar teológicamente, al hacer planteamientos pastorales y proponer líneas de acción para la evangelización y realización del Reino. Quiere decir también, admitirla pero no dejarse afectar por ella”<sup>7</sup>. El Documento presenta “a nivel teórico y doctrinal el cristianismo”, escribe García-Zamorano, sólo “después, saca algunas consecuencias. Habla del discipulado sin presentar antes a Jesucristo. La realidad es muy distinta y sin responder a las verdaderas preguntas de la persona, no de sentido, sino de sobrevivencia y violencia, es muy difícil que interesen cuestiones religiosas, por más importantes que sean”.

Estos comentarios y críticas, como otros,<sup>8</sup> desde visiones y acentos diversos fueron encontrando eco en todo el Continente y suscitando nuevas reflexiones y nuevos cuestionamientos. Al final el balance del proceso de participación fue positivo. El interés de las comunidades cristianas, de los pastores y teólogos fue creciendo. A la sede del CELAM llegaron numerosas aportaciones de Conferencias Episcopales, de organismos eclesiales del continente y de la Santa Sede, y otras instancias, en un volumen que superaba las dos mil páginas.

### *“Documento de Síntesis”*

El resultado de esa amplia participación es recogido en un texto que se denominó “Síntesis de los Aportes recibidos” que empezó a circular a finales de febrero del 2007. Éste fue el segundo instrumento

<sup>6</sup> Ángel García-Zamorano, Aparecida, ¿fin o reafirmación de la involucion eclesial? En [www.eclesalia.net](http://www.eclesalia.net) 19/04/07.

<sup>7</sup> A. García-Zamorano, El Documento de Participación. Visión de Conjunto, en Voces del Tiempo, 53 (2006), p 47.

<sup>8</sup> Brighenti Agenor, El Documento de Participación de la V Conferencia. Presentación y Comentario Analítico.

elaborado durante la fase preparatoria. Su objetivo fue “ofrecer una síntesis cualitativa de los aportes recibidos”. Ciertamente no pretendían “recoger materialmente todas y cada una de las propuestas... sino expresarlas con fidelidad al espíritu en sus aspectos más significativos”<sup>9</sup>.

Contiene en la primera parte una visión de la realidad de nuestros pueblos a la luz del proyecto del Padre, poniendo su atención en los numerosos rostros de hermanos y pueblos que nos interpelan, en los desafíos del cambio epocal y en los retos que enfrenta la Iglesia en el actual momento histórico. La segunda parte se centra en aquellas orientaciones y criterios para el discernimiento y la misión de los discípulos hoy, desde Jesucristo, fuente de vida digna y plena; y desde la Iglesia, sacramento del Reino de vida. Por último se presenta la acción evangelizadora de la Iglesia animada por el Espíritu, en cuanto es Él, el que impulsa a los discípulos misioneros. El tema de la espiritualidad viene abordado aquí, de igual modo los ámbitos de la misión y los procesos de formación del discípulo.

En su conjunto el Documento se estructura desde el misterio trinitario aplicado al método teológico del “ver, juzgar y actuar”, de tal modo que el primer momento viene presentado en sintonía con Dios Padre y su designio de amor para el mundo, acentuando una mirada de fe de la realidad; el segundo momento, permite desarrollar la cristología y la eclesiología, como los grandes criterios para iluminar la realidad; el tercer momento desarrolla la pneumatología, dado que el Espíritu es el gran protagonista de la misión y la fuerza transformadora de la realidad en la que la Iglesia realiza su acción pastoral.

A pesar del poco tiempo que medió entre la publicación de la “Síntesis de los aportes recibidos” y la celebración de la V Conferencia el texto empezó a ser valorado positivamente y a generar esperanzas en la gestación de una nueva época para la Iglesia. Superaba ampliamente al Documento de Participación, su estructura era más sólida y coherente, recuperaba explícitamente el método teológico-pastoral del “ver, juzgar y actuar”, mostraba un lenguaje más pastoral, se situaba

<sup>9</sup> CELAM, Síntesis de los Aportes Recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, p. 7, Bogotá, 2007.



con mayor audacia en el contexto sociocultural y eclesial de América Latina y El Caribe, hacía un planteamiento más bíblico-teológico-pastoral del discipulado

Con la “Síntesis de los aportes recibidos”, definido los participantes y diseñado el proceso metodológico de la Asamblea, prácticamente todo había sido cuidadosamente preparado, después de un largo y fecundo proceso preparatorio, para que nuestra Iglesia se reuniera en cenáculo, viviera un nuevo Pentecostés y se renovara su envío al mundo para sembrar el Evangelio de la vida en la realidad contemporánea.

Quienes apostaron desde el primer momento por Aparecida, la fase preparatoria constituyó una estupenda oportunidad suscitada por el Espíritu para redescubrir la alegría de ser discípulos de Jesucristo y participar activamente de la misión evangelizadora en el mundo.

### ***c. Su celebración fue un nuevo Pentecostés***

La Asamblea realizada en el marco de dos fiestas marianas: Nuestra Señora de Fátima y la Visitación de Santa María, del 13 al 31 de mayo, durante la cincuentena pascual y en el santuario de Aparecida, revistió categoría de un auténtico Pentecostés; es decir, toda una efusión del Espíritu Santo sobre los apóstoles, acompañados por la presencia de María. Esa experiencia del Espíritu, como todo un don de Dios, abrió a la trascendencia, fortaleció la identidad del discípulo-misionero y lanzó a la Iglesia hasta los confines del mundo y al corazón de las culturas. Se revivió la experiencia de los discípulos de la “primera hora”. Aquellos, estando reunidos todos en el mismo lugar, quedaron llenos del Espíritu y hablaron de las maravillas de Dios a pueblos y culturas diversas; de este modo, la “Babel”, icono de la no-comunicación y del no-entendimiento entre los seres humanos fue superada por una novedosa experiencia de “Cenáculo” que creó la unidad y la mutua comunicación entre personas y pueblos sin perder la diversidad y originalidad propias.

298

De igual modo los discípulos del Continente, pastores y fieles cristianos, convocados por el Papa y urgidos por el impacto del cambio epocal en los albores del tercer milenio, vivieron un nuevo Pentecostés, promesa y profecía de tiempos nuevos, que daría vigor e impulso a la acción misionera y evangelizadora de la Iglesia en el mundo contem-

poráneo para que nuestros pueblos, “partiendo nuevamente de Cristo”, recuperaran su dignidad y el sentido de la vida plena.

El Espíritu renueva y rejuvenece, abre caminos nuevos y compromete a la comunidad de los discípulos-misioneros. Esta fue precisamente la experiencia que se vivió en Aparecida, entre tiempos fuertes de oración y reflexión, de trabajo y estudio, de escucha de la Palabra y de compartir fraterno, para discernir los signos de la presencia de Dios en las complejas realidades que viven los pueblos; para encontrar métodos y procedimientos adecuados que favorezcan el anuncio creíble del evangelio, hasta tocar el corazón de las personas y generar nuevas estructuras sociales justas.

Durante esos días de gracia y esperanza, en el corazón de los pastores, estuvieron presentes los rostros de millones de latinoamericanos, especialmente pobres y excluidos, que claman por un cambio radical en el rumbo que llevan nuestros países, pues “otro mundo es posible”, sobre todo, si se asume la riqueza del Evangelio cuya contribución es fundamental para el desarrollo de los pueblos y sus culturas.

Una nueva identidad eclesial, un nuevo rostro de creyente y una nueva presencia en el mundo se gestó en Aparecida, inspirados en la fuerza transformadora del Evangelio, en el dinamismo del Espíritu y en la fascinante persona de Jesucristo. “Esta V Conferencia, dijeron los obispos en la Conclusión del Documento final, recordando el mandato de ir y de hacer discípulos (cf. Mt 28,20) desea despertar la Iglesia en América Latina y El Caribe para un gran impulso misionero. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés!”. Abrigamos la esperanza que los vientos de ese nuevo Pentecostés renovarían la faz de nuestra tierra, de los pueblos y de nuestra Iglesia. El Espíritu ha gestado ese tiempo nuevo como una primavera eclesial cargada de promesas en función del Reino y en la expectativa de muchos frutos para el bien de todos.

#### **d. Algunos temas candentes**

Mientras se va difundiendo el Documento Final, poco a poco, se va comentando positivamente el “acontecimiento Aparecida” en todas sus virtualidades y desafíos. Por su parte el texto también está siendo valorado por la solidez y coherencia de su estructura, la novedad y riqueza de su contenido, y la frescura de espíritu y vida que expresa.



Sin duda alguna estamos frente a un texto muy valioso, rico en perspectivas y amplio en horizontes, en el que los obispos abordaron el tema del discipulado y la misión con propiedad y sentido pastoral, con creatividad y fundamento bíblico-teológico, con fidelidad a la realidad de la Iglesia y la sociedad.

Al intentar leer el texto sin prejuicios ideológicos y con sentido de fe, rápidamente el lector se deja contagiar de la alegría pascual y de la novedad espiritual que transmite, de la serenidad y lucidez con que son abordados los diversos temas y problemáticas, de la experiencia de Dios y amor pastoral que comunica y del sentido evangélico y profético que expresa.

En un resumen oficial que circuló en diversos medios, desde antes que concluyera la Asamblea, se decía que el Documento de Aparecida tiene tres partes que asumen el método de reflexión teológico-pastoral “ver, juzgar y actuar”. En primer lugar, propone mirar la realidad con ojos de fe y un corazón lleno de amor; enseguida, proclama con alegría el Evangelio de Jesucristo para iluminar la meta y el camino de la vida humana; por último, mediante un discernimiento comunitario abierto al soplo del Espíritu Santo, ofrece líneas comunes para la acción misionera, que pongan al Pueblo de Dios en estado permanente de misión. El texto está tejido por un hilo conductor en torno a la vida, en especial la Vida en Cristo, y está recorrido transversalmente por las palabras de Jesús: *“Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia”*.

Según mi propia percepción hubo temas que hicieron emerger posiciones encontradas sin romper la comunión eclesial ni la fraternidad. Uno de ellos fue el de la **Teología India**. Algunos sectores de la Iglesia se resisten a impulsar un metódico y racional proceso de reflexión que recoja la sabiduría y el pensamiento de los pueblos originarios con la riqueza del evangelio y los datos de la revelación, para dar cabida a una nueva manera de hacer teología que se ponga al servicio de la inculturación del evangelio y de la construcción de iglesias más autóctonas. Era necesario, tratándose de un escrito de tanta importancia orientado a marcar el rumbo de nuestra Iglesia los próximos años, avalar el proceso de reflexión teológica que, con tanta seriedad y apertura en los últimos años, viene impulsando el CELAM, los máximos exponentes de la “Teología India Cristiana” y la Congregación de la Fe.

Otro tema interesante fue el de las **Comunidades Eclesiales de Base** que lograron sobreponerse a las críticas negativas y al desprestigio al que han estado sometidas injustamente en los últimos años, y que algunos en la misma Asamblea se empeñaban en silenciar. Menos mal que tales esfuerzos no dieron resultado. Me parece una enorme irresponsabilidad pastoral y un atropello a los miles de fieles cristianos, pretender negar ésta experiencia genuinamente latinoamericana, en la que muchísimos de ellos han encontrado verdaderas escuelas formadoras de discípulos-misioneros, células vivas y básicas para una renovada estructuración eclesial, focos de una nueva evangelización y fermentos de transformación para una sociedad mejor.

Un tercer tema que despertó el interés de los obispos fue el de los sacerdotes que abandonaron el ministerio; se buscaba generar una nueva actitud y mentalidad hacia ellos, en la que se expresara el fomento de una acogida más evangélica en la comunidad eclesial y una mayor participación en la acción pastoral de la Iglesia. Lamentablemente no se lograron avances más significativos ni compromisos más radicales.

Al final de la Asamblea, los religiosos manifestaron su inconformidad ante el señalamiento que hace el Documento de las no pocas **recaídas secularizantes en la vida consagrada**. Tal afirmación expresaba un juicio negativo e injusto sobre la vida religiosa, pues no eran los únicos que habían afrontado tal problemática, también eran situaciones que se encontraban en el ministerio ordenado.

Estos temas en ningún momento opacaron la riqueza y la novedad de Aparecida. Al contrario, pusieron de manifiesto la vitalidad de nuestra Iglesia y la madurez que tendrá que ir alcanzando en todos sus miembros y estructuras, en la medida en que sea fiel al Evangelio y a la realidad histórica en la que realiza su misión.

## II. Aproximación al documento final desde la categoría “Vida”

El Documento Conclusivo de Aparecida, además de una motivadora y sustanciosa Introducción, (DA 1-18) y de una rica Conclusión que refleja la alegría de los discípulos enviados a la misión, (DA 547-554)



se compone de 10 capítulos, agrupados según la praxis del método teológico-pastoral “ver, juzgar y actuar”.

La primera parte se titula “La Vida de nuestros Pueblos hoy” y la componen dos capítulos: “Los Discípulos Misioneros” (DA 20-32) y “Mirada de los Discípulos Misioneros sobre la Realidad” (DA 33-100); la segunda parte se llama “La Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros” y la integran 4 capítulos: “La Alegría de ser Discípulos Misioneros para Anunciar el Evangelio de Jesucristo” (DA 101- 128), “La Vocación de los Discípulos Misioneros a la Santidad” (DA 129-153), “La Comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia” (DA 154-239) y “El Itinerario Formativo de los Discípulos Misioneros” (DA 240-346); la tercera parte se denomina “La Vida de Jesucristo para nuestros Pueblos” y la forman 4 capítulos: “La Misión de los Discípulos al Servicio de la Vida Plena” (DA 347-379), “Reino de Dios y promoción de la Dignidad Humana” (DA 380-430), “Familia, Personas y Vida” (DA 431- 475) y “Nuestros Pueblos y la Cultura” (DA 476-546).

Como se nota desde la misma titulación de las tres partes y sus capítulos, el hilo conductor con el que se va tejiendo todo el desarrollo de la reflexión es la Vida, particularmente la vida **de** y **en** Cristo. Esa misma vida es **para** nuestros pueblos. Todos estamos llamados a participar de esa vida nueva de Jesucristo, desde la dimensión personal a la cultural y desde la dimensión familiar a la social.

El itinerario lógico que sigue el texto permite apreciar cómo la caridad pastoral de nuestros obispos les conduce a aproximarse con amor y respeto a la vida que lleva actualmente el pueblo latinoamericano y caribeño, así mismo la vida de la Iglesia con sus luces y sombras; luego, exploran con viva fe y admiración la vida plena que Dios Padre revela por Jesucristo en el Espíritu; para extraer de esa fuente de gracia la inspiración y la fortaleza que permitirá a la Iglesia y a los discípulos ser testigos del amor en el mundo y ofrecer el “tesoro” de Jesucristo para que los pueblos tengan vida en Él.

302

Una visión de conjunto del Documento nos permite apreciar que la categoría “vida” lo permea todo, sin evadir las realidades amenazantes de la contracultura de la muerte presente en la sociedad, y recoge aquellos signos de vida y esperanza presentes en la historia y

en la creación, en los pueblos y sus culturas. Se trata de la vida nueva en Cristo, de la vida verdadera para las personas y las familias, de la vida desarrollada integralmente en los pueblos y en la creación, de la vida plena de los discípulos misioneros y de la Iglesia, de la vida auténtica en la historia y abierta a la trascendencia.

### **a. *Protagonistas de Vida Nueva para el continente***

Desde la Introducción al Documento los obispos afirman su convicción que, como discípulos de Jesús, todos en la Iglesia estamos llamados a ser “protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu”, sobre todo, cuando el cambio que experimentamos es de dimensión epocal y sólo con la fortaleza del Espíritu estaremos en condiciones de responder adecuadamente a los desafíos de la hora presente (DA 11).

Esta época exige de los discípulos del Señor un nuevo liderazgo y nuevo protagonismo inspirado en la novedad de vida del evangelio para asumir con audacia y sabiduría nuestra responsabilidad histórica en el contexto de una época que está en ocaso y otra emerge con vitalidad, sin poder todavía identificar sus rasgos más característicos ni saber discernir el horizonte que seguirá.

Por eso, el actual momento histórico es de fuertes desafíos y de radicales opciones, requiere lucidez y discernimiento, para no quedar atrapados en la confusión y en la incertidumbre, propias de un tiempo de transición, y por ello, también de crisis y de inéditas oportunidades. La sociedad actual no tolera una fe frágil y superficial en los hombres y mujeres de Iglesia, ni acepta la presencia de cristianos que no saben dar razón de su esperanza ni saben vivir anclados en opciones auténticamente humanas y abiertas a la trascendencia de la vida.

Urge, por lo tanto, superar “una fe católica reducida a bagaje, a elenco de normas y prohibiciones, a práctica de devoción fragmentada, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados” (DA 12).



Para ser protagonistas de la vida nueva en Cristo en las actuales circunstancias de América Latina, es necesario optar “entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte”. Mientras éstos llevan a una aberrante dilapidación de “los bienes recibidos de Dios” y a una alienante “cultura sin Dios”, aquellos apuntan “a la plenitud de vida que Cristo nos ha traído”. Asumir esta vida de Cristo con toda su riqueza y potencialidad, garantiza existencias humanas auténticas en su dimensión personal y familiar, social y cultural (DA13).

Es necesario también fomentar la experiencia de una fe más sólida, madura y comprometida, que se funda y construye desde el encuentro personal y comunitario con el Señor, para que, como hombres y mujeres nuevos, seamos capaces de asumir “el desafío de revitalizar el modo de ser católicos” y de vivir el seguimiento de Jesús (Ibid).

### ***b. Promotores de Vida digna en la realidad sociocultural y eclesial***

La primera parte del Documento: “La Vida de nuestros Pueblos Hoy”, no obstante su brevedad respecto a las otras dos, desde una mirada creyente del discípulo misionero, describe la realidad del cambio epocal con dimensión global en lo sociocultural y económico, en lo sociopolítico y ecológico; logra también discernir el impacto en la vida de las personas, poniendo la mirada pastoral en las consecuencias de “la crisis del sentido” que experimentan los hombres y mujeres de hoy (DA 37).

El interés de los obispos esta en comprender cómo esa “crisis de sentido” afecta la vida de los pueblos y sus valores culturales y cómo incide en la experiencia religiosa y ética de quienes “buscan infatigablemente el rostro de Dios”, ya que solo en Dios la vida humana, la vida de nuestros pueblos y la vida en todo el planeta adquiere su pleno sentido y su máxima realización en la historia (DA 35),

304

Marginar a Dios de la vida personal y social, de los proyectos de la sociedad y de la construcción de la civilización es negarle a nuestra gente, especialmente pobre y marginada, la posibilidad cierta de construir un futuro distinto y mejor, y condenarle a vivir el presente bajo el peso de la alineación y del materialismo que ahoga la esperanza. “Solo

quien conoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano”, afirmó el Papa en el Discurso Inaugural de Aparecida.

Afrontar el desafío de la “crisis de sentido” para promover vida digna en la realidad sociocultural del continente, es la tarea que interesa a la Iglesia, convencida que él único capaz de resolver esa “crisis” es Jesucristo, en cuanto que es el Camino que estos pueblos están llamados a recorrer en su historia, es la Verdad sobre la que han de construir su destino, y es la Vida que están llamados a vivir en todo su plenitud.

La propuesta de una vida digna y plena es también para los pueblos originarios y afrodescendientes, quienes actualmente “están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual; en sus modos de vida; en sus identidades; en su diversidad; en sus territorios y proyectos”. El impacto de la globalización económica y cultural es también una amenaza a su existencia (DA 90).

Tales amenazas son una negación de su rico pasado, un atentado a la vida presente y una anulación de su futuro. Frente a esa realidad hay que reconocer su presencia histórica y valorar su identidad cultural; hay que asumir sus legítimas causas y apoyar el proceso de emergencia y concientización que viven actualmente para que lleguen a ser protagonistas de su propia historia. Ellos tienen su propia voz que la Iglesia y el mundo han de escuchar.

La Iglesia, con el evangelio de Jesucristo como fuente de vida plena en la dinámica de la inculturación de la fe, quiere contribuir al crecimiento y desarrollo integral de los pueblos originarios, anhela también su integración, sin discriminación alguna, en la diversidad de la sociedad contemporánea

En el análisis de la situación eclesial, la Iglesia al mirarse así misma, con sus luces y sombras, descubre la exigencia de estar llamada a ser fermento de vida nueva en la sociedad y de conversión pastoral en su interior, por eso debe enfrentar con creatividad “un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica” (DA 100b).



Ella tiene que recuperar para sí misma, en sus personas y estructuras, esa novedad y vitalidad de la vida en Cristo. Esto implica asumir un estilo de vida que esté más en sintonía con el Evangelio, de tal modo que los discípulos y misioneros de Jesucristo sean más fieles “a la verdad y a la caridad”; y en el contexto de una sociedad que busca la opulencia y la ostentación, el despilfarro y el derroche, los hombres y mujeres de Iglesia destacan por la sencillez, la austeridad y la solidaridad (DA 100h).

### **c. Encantados por la Vida de Jesucristo**

La segunda parte del texto de Aparecida: “La Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros”, corresponde al momento metodológico de la iluminación o del “juzgar” y se desarrolla con “criterios que provienen de la fe y de la razón” para realizar un “discernimiento” comunitario y pastoral del momento histórico y una “valoración con sentido crítico” de la realidad (DA 19).

Por eso, aquí se habla de la “Vida de Jesucristo” que está presente en los Discípulos Misioneros como experiencia vital y fundante de un nuevo estilo de vivir. Los sujetos aquí son los seguidores de Jesús partícipes de esa vida plena comunicada por él y adquirida en la experiencia de encuentro con Cristo, mientras que en la primera parte los sujetos son los pueblos del Continente, quienes ven amenazada su existencia y anhelan la vida digna traída por Cristo.

La categoría “Vida en Cristo” es fundamental para reflexionar y desarrollar la identidad y misión de los seguidores de Jesús. “La vida nueva en Cristo” es el gran criterio iluminador. En cuatro aspectos se presenta esa vida nueva: la alegría del discípulo para anunciar el Evangelio que es vida; la vocación a la santidad que es participación de la vida de Dios; la comunión en la Iglesia que es generadora de vida; y por último, el proceso de formación del discípulo que es un beber permanentemente de las fuentes de vida.

306

El encanto que produce la participación en la vida nueva de Cristo se expresa en la alegría y santidad del discípulo; se alimenta y fortalece también desde la experiencia de comunión y formación. Veamos más en detalle el desarrollo de esa “Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros” .

### *La Alegría del discípulo es vida que se contagia*

La alegría en el seguimiento de Cristo es una de las notas que caracteriza la vida del discípulo. Aparecida la resaltó ampliamente, ya que solo así podrá ser testigo de esperanza en la Iglesia y el mundo. Ciertamente no es la alegría efímera y superficial sino aquella del evangelio como manifestación de quien ha encontrado “el tesoro” de su vida en Jesús. Es la alegría pascual, es la alegría del amor, es la alegría de trabajar juntos en la construcción de una nueva sociedad, en fin, es la alegría de quien tiene un proyecto en la vida y de quien vive la vida con sentido y en función de los otros.

¿Cuál es el origen de esta alegría evangélica capaz de contagiar y generar un nuevo sentido a la vida de las personas y de los pueblos? La alegría en la vida del discípulo tiene su fuente en la buena nueva de la dignidad de la persona humana; en la buena nueva de la vida misma como don de Dios; en la buena nueva de la familia como “patrimonio de la humanidad” y tesoro de nuestros pueblos latinoamericanos; en la buena nueva de la acción humana que se realiza en el trabajo y en desafiante campo científico y tecnológico; en la buena nueva de los bienes de la naturaleza que son para todos (DA 101-126).

La aceptación y puesta en práctica de estos principios infunden confianza al discípulo, consolidan su identidad y le dan seguridad para vivir en el mundo sin miedos ni complejos de inferioridad ante los grandes desafíos que debe afrontar. Más aún le abren posibilidades nuevas para aportar a la sociedad la novedad del Evangelio y la riqueza del don de Jesucristo.

La alegría será uno de los signos creíbles del discípulo y expresión del encuentro personal con Cristo. Así le será más fácil contagiar a los demás, con la fuerza del testimonio y con la vitalidad de su opción por Cristo, por la Iglesia y por una nueva sociedad. Con hombres y mujeres atrapados por ésta alegría evangélica un mundo nuevo es posible

### *La santidad del discípulo es participación de la vida de Dios*

La santidad es portadora de vida, en cuanto es participación en la vida y en la gloria de Dios, es la experiencia de fascinación por la



belleza de Dios que cautiva la existencia en su totalidad, es vivir el proyecto de Dios en la vida del discípulo y en la historia, es un dejarse llevar amorosamente por Aquel que nos creó y nos llamó a entrar en la intimidad de su misterio trinitario divinizando nuestra humanidad.

La santidad es hacer la experiencia de seguimiento y configuración con Cristo para que el discípulo, forjado por el Espíritu, sea capaz de anunciar el Evangelio del Reino de la vida, y contribuya a la santificación de la historia y el mundo, a la santificación de las personas y los pueblos; ya que “el verdadero misionero es el santo”<sup>10</sup>.

Por eso, en ningún momento la santidad puede ser entendida como “una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso, tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual” (DA 148).

El proceso de seguimiento y configuración con Cristo es obra del Espíritu Santo, es respuesta del discípulo a la llamada, y se concreta en la identificación con “Jesús-Camino”, como la mejor alternativa a recorrer y el mejor proceso a vivir; con “Jesús-Verdad”, como la mejor oportunidad para superar cualquier relativismo para apegarse al absoluto de Dios y de su Hijo; y con “Jesús-Vida”, como la mejor experiencia de un estilo de vida comprometido con la historia y abierto a la trascendencia (DA 137).

Entrar en la dinámica del seguimiento y la configuración con el Señor es tenerlo siempre como referencia permanente en la vida, descubriendo en el “hoy y aquí” el valor de su praxis de vida, de sus acciones en favor de los pobres y de su palabra reveladora de sentido y cargada de esperanza. Es también “asumir la centralidad del Mandamiento del amor”, practicar “las bienaventuranzas del Reino” y “compartir su destino” (DA 138-140).

Una vez que el discípulo ha hecho la experiencia de seguimiento y configuración el Señor, siente la necesidad de compartir y anunciar

<sup>10</sup> Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 90.

a los demás todo lo que ha vivido y aprendido, y es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias, entregando su vida. Esta experiencia lo convierte en misionero del Evangelio del Reino de vida. (DA 143-148) Tan ingente tarea sólo es posible bajo el impulso y el dinamismo del Espíritu que anima y por el que “Dios asegura hasta la parusía su propuesta de vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, impulsando la transformación de la historia y sus dinamismos” (DA 151).

### *La comunión eclesial es generadora de vida*

La comunión es generadora de vida en la Iglesia y en el discípulo. Esta se desarrolla en dos direcciones complementarias: “*ad intra*”, con las estructuras eclesiales: diócesis, parroquia, CEBs y Conferencias Episcopales, y con los diversos ministerios y carismas: Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, laicos y consagrados; “*ad extra*”, con los que abandonaron nuestra Iglesia, con otras iglesias y comunidades eclesiales y otras religiones particularmente monoteístas (DA 154-239).

La comunión eclesial, en cuanto se fundamenta en la comunión trinitaria, es generadora de vida tanto personal como comunitaria, construye la vida eclesial y promueve la vida en el mundo. No puede existir un verdadero discipulado sin comunión y no puede haber una auténtica misión sin comunión. De tal manera que la comunión es clave para consolidar la experiencia del discípulo y para el ejercicio de la misión. La misión hace discípulos y genera comunión, la comunión fecunda la misión. En este círculo virtuoso de discipulado, comunión y misión se genera la nueva vida en Cristo. “La comunión es misionera y la misión es para la comunión” (DA 163).

Todas las estructuras eclesiales están destinadas a ser lugares en los que se promueve una vida digna y feliz desde una experiencia de comunión. Así la diócesis, esta llamada a ser “casa y escuela de comunión, de participación y solidaridad” (DA 167); las parroquias “células vivas de la Iglesia” (DA 170) y “red de comunidades” (DA 172); las Conferencias Episcopales, espacios de colegialidad para el “discernimiento solidario de los grandes problemas de la Iglesia y la sociedad” sobre todo aquellos que amenazan la vida de nuestros pueblos (DA 181).



Por su parte las CEBs y las pequeñas comunidades están llamadas a ser “un signo de vitalidad en la Iglesia” (DA 179) y fermento de transformación en la sociedad en cuanto que están arraigadas en el corazón del mundo construyendo fraternidad y solidaridad, y convirtiéndose en alternativa válida para superar el anonimato y el aislamiento, el egoísmo y el individualismo ampliamente difundidos en la sociedad actual.

Los ministros ordenados, las personas de Vida Consagrada y los fieles cristianos están llamados a ser testigos de la vida nueva en Cristo y partícipes en la construcción del Reino desde la propia vocación específica y desde la experiencia de una espiritualidad de comunión. Así los obispos serán promotores de vida desde su identificación con Jesús Sumo Sacerdote (DA 186-190); los presbíteros, darán la vida por su pueblo siendo hombres de “misericordia y compasión”, cercanos y servidores de todos, particularmente de los sufridos, de los pobres y las víctimas (DA 191-200); los diáconos permanentes serán testigos de “Jesús Servidor” compartiendo la vida con los pobres (DA 205-208).

Por su parte los laicos comunicarán la vida de Cristo siendo luz del mundo y participando con los valores del Evangelio en los campos de la política, de la realidad social y de la economía; participando también en los ámbitos de la cultura, de la ciencia, de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social (DA 209-215); los religiosos y religiosas como expertos en comunión, se insertan entre los pobres para anunciar y vivir el Evangelio, y son testigos del Padre y de la primacía del Reino (DA 216-224).

La comunión en la Iglesia generadora de vida, además de vivirse hacia dentro en sus estructuras y personas, se proyecta hacia fuera, en primer lugar, con quienes la abandonaron, valorando en ellos su búsqueda sincera de Dios, su experiencia de vida de fe, su vivencia comunitaria, su amor a la Palabra de Dios y su profundo sentido misionero (DA 225-226); luego, esa misma actitud ha de mostrarse con los bautizados de otras iglesias y comunidades eclesiales, en la búsqueda del diálogo ecuménico (DA 227-234); por último, también a través del dialogo interreligioso, particularmente con las religiones monoteístas, en campos como la construcción de la nueva sociedad, la promoción de la libertad y dignidad de nuestros pueblos, la búsqueda del bien común, la educación para la paz y en la convivencia ciudadana (DA 235-239).

*La formación capacita al discípulo para que sea promotor de vida en medio de su pueblo*

Aparecida ha valorado ampliamente la formación inicial y permanente del discípulo misionero, no sólo como una necesidad para explorar los misterios de la fe que dan consistencia a su identidad, sino como una responsabilidad ante el pueblo al que sirve como enviado del Señor y como desafío ante una sociedad que experimenta cambios rápidos y profundos.

Hacia dos direcciones se orienta esta formación: una, en la línea de la espiritualidad; y la otra, en el horizonte de los itinerarios propiamente formativos, con la finalidad de capacitar a los discípulos en la misión que han de realizar en la Iglesia y el mundo.

La *espiritualidad* como vida en el Espíritu, hunde sus raíces en “la Trinidad Amor” y se traduce en “experiencia del Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable” (DA 240). Para vivir tal experiencia el camino es Cristo, y para superar un mero racionalismo o intelectualismo, dicha experiencia ha de conducir al encuentro personal con Jesucristo vivo (DA 243-245). A Cristo se le encuentra en la Iglesia, en la Sagrada Escritura, en la Liturgia y en la Eucaristía, en la oración personal y comunitaria, en la comunidad cristiana, en los acontecimientos de la vida y en los pobres (DA 246-257). La piedad popular es también espacio formativo y de encuentro con el Señor, porque en ella se expresa “el alma del pueblo”, se manifiesta “la sed de Dios” que los excluidos experimentan, se da a conocer “la fe católica”, se encuentra a Cristo, se reconoce la Iglesia como Pueblo de Dios en camino, se profundiza en la cultura donde se ha encarnado la fe, se manifiesta “un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teológico (DA 258-265). Otra escuela de formación para el discipulado y la misión, sin duda alguna es la de María y la de los santos. María en cuanto que es “escuela de fe destinada a conducirnos y a fortalecernos en el camino que lleva al encuentro con el Creador” (DA 266-272). Por su parte los santos, en cuanto que “su testimonio se mantiene vigente y sus enseñanzas inspiran el ser y las acciones de las comunidades cristianas del Continente” (DA 273-275).



*Los itinerarios específicos de formación* son tres: Formación para el discipulado misionero, formación para la iniciación cristiana y formación para la catequesis permanente. Estos procesos no son independientes, se relacionan y complementan mutuamente.

Formación para el discipulado misionero. Para realizar este proceso se integran cinco aspectos que se despliegan desde el punto de partida que es el *Encuentro personal con Cristo* hasta llegar a asumir un compromiso duradero por **la misión** en el mundo, pasando por la experiencia de **conversión**, de **discipulado** y de **comunidad** (DA 278). El discípulo nace del encuentro con Cristo, madura en el camino de conversión, en la escuela del discipulado y en la experiencia de comunión, para participar en la misión de la Iglesia

Formación para la iniciación cristiana. Éste proceso “es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado”. Su punto de partida es el kerigma, se inspira en la Palabra de Dios, favorece el encuentro personal con Cristo vivo, suscita la conversión, inserta en la comunidad eclesial, mantiene en el seguimiento de Cristo, ayuda a la maduración de la fe, lanza al servicio de la comunidad y compromete en la misión con el mundo (DA 286-294).

Formación para la catequesis permanente. Ésta ha de ser orgánica y progresiva. Es para toda la vida y cultiva la amistad con Cristo, promueve una fe madura y adulta, favorece la conciencia de pertenencia a la Iglesia y crea una actitud de servicio generoso a los demás (DA 295-300).

En estos itinerarios juega un papel importante la **llamada-respuesta**, que se construye por iniciativa de Cristo y por la colaboración humana, es propuesta del Señor y respuesta de la persona; también juega un rol determinante el **kerigma**, como anuncio gozos de la presencia del Resucitado en la Iglesia y en la historia.

312

La dinámica formativa que se imprime en los tres itinerarios **es integral**, porque cultiva los valores y potencialidades del ser humano en cuanto persona y en cuanto ser para los demás en comunidad; fomenta la vida espiritual en el campo teológico y en la vocación específica; promueve la dimensión intelectual abriéndose a la diversidad de saberes de tipo cultural, humano y científico; capacita para el quehacer en la

vida pastoral y misionera. De este modo quedan integradas la dimensión humano-comunitaria, espiritual-vocacional, intelectual-cultural y pastoral-misionera (DA 280).

La pedagogía que exigen estos procesos formativos es la del **acompañamiento personal y comunitario**, de tal modo que ayude a consolidar la vocación específica, “de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio” para ir alcanzando la madurez humana cristiana, discipular y misionera (DA 282).

La formación del discípulo misionero, tanto en la espiritualidad como en los diversos itinerarios, acontece en contextos comunitarios variados, unos son más propios de la vida eclesial y otros corresponden a la presencia de la Iglesia en la sociedad.

Propiamente *al interior de la Iglesia*, los obispos destacan **la familia** como escuela de fe y de comunión, como “fuente de valores humanos y cívicos”, como “camino de iniciación cristiana” y “pequeña Iglesia” (DP 302-303). También **las comunidades eclesiales y los movimientos laicales** son espacios valiosos para impulsar una formación permanente. (DA 307-313). **La parroquia**, porque en ella “los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia” También forma a través de los diversos procesos pastorales que impulsa; por las celebraciones litúrgicas que acompañan momentos significativos e importante de las personas y de la comunidad, particularmente la Eucaristía; y por los programas de promoción humana en los que proyecta la caridad, la solidaridad y la opción por los pobres (DP 304-306). **La pastoral vocacional, los seminarios y las casas de formación para la vida consagrada**, para aquellos que servirán en la Iglesia como sacerdote, como religioso o religiosa y como laico o laica (DA 314-327).

Aquellos espacios de *la presencia de la Iglesia en la sociedad*, que contribuyen a la formación de los discípulos misioneros son *la educación católica*, tanto formal como no formal, ya que promueve una “asimilación sistemática y crítica de la cultura”, un desarrollo pleno del pensamiento y la libertad y una humanización de su entorno (DA 328-330); *la escuela católica*, puesto que asume los valores evangélicos en normas educativas y en motivaciones interiores (DA 331-340). *La universidad*, que favorezca la formación profesional, que impulse los



valores éticos al servicio de las personas y la sociedad, que promueva el dialogo con la cultura (DA 341- 346).

**d. *Comprometidos con la Misión de la Iglesia en el anuncio de la Vida Nueva en Cristo***

La tercera parte del Documento corresponde al tercer momento del método teológico pastoral latinoamericano. Aquí se plantean las opciones pastorales que la Iglesia y sus discípulos misioneros impulsarán; se diseña, de un modo más preciso, toda la misión evangelizadora de la Iglesia y la estrategia pastoral destinada a incidir en la transformación de la realidad sociocultural y eclesial; se concretan las líneas del quehacer pastoral para los próximos años.

La orientación de fondo de toda la acción pastoral está determinada por la firme convicción de conducir a nuestros pueblos hacia el encuentro con Cristo para que participen de la vida nueva y en plenitud que Él ofrece a todos, de ahí el título dado a esta parte: “la Vida de Jesucristo para nuestros pueblos”.

Esta línea fundamental se despliega en cuatro grandes perspectivas: La primera es eminentemente misionera al servicio de la vida plena; la segunda está en función del Reino de Dios y de la promoción de la dignidad de la persona humana; la tercera se ubica al servicio del evangelio de la familia; y la última va hacia la evangelización de la cultura. Aquí se plantean pues, las 4 grandes opciones de Aparecida: por la misión, por el Reino, por la familia y por la cultura.

***La misión de la Iglesia es anunciar la vida de Cristo (Perspectiva misionera)***

La opción por la misión en la vida de la Iglesia nace de la toma de conciencia de su naturaleza misionera. Tal identidad tienen su origen en el misterio trinitario, ya que la Iglesia nace “de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre” (DA 347).

Fundada en este principio trinitario se dispone a dar un nuevo vigor y un fuerte impulso a la misión en el continente; se propone vivir y comunicar la vida nueva en Cristo a nuestros pueblos; firmemente

convencida que la novedad que tiene para dar al mundo es Jesucristo, ya que Él estuvo siempre “al servicio de la vida” (DA 353-354) y sólo en Él los pueblos del continente encontrarán el camino para experimentar el gran amor del Padre, Él es el Camino para alcanzar el desarrollo integral, para saciar la sed de vida y felicidad, y el anhelo de libertad, de justicia y de paz

La vida en Cristo no es negación o renuncia de la felicidad en esta tierra. Es explorar nuevas dimensiones para una vida plena que abarca lo personal y lo familiar, lo social y lo cultural, lo humano y lo divino, lo trascendente y lo inmanente, lo material y lo espiritual. Por eso la vida en Cristo es total, pone en marcha dinamismos orientados a la liberación integral y la humanización de nuestros pueblos, el desarrollo humano y social; por eso no podemos cerrar los ojos a “las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y en su dolor” (DA 355-364).

La “firme decisión misionera” que la Iglesia quiere asumir en este tiempo demanda una sólida “conversión pastoral” en todos los agentes de pastoral y en las estructuras eclesiales para estar en condiciones de impulsar “procesos constantes de renovación misionera” y ser capaces de ponerlo todo “al servicio de la instauración del Reino de la vida” (DA 365-372).

Tal determinación requiere “renovación eclesial” que se exprese en “reformas espirituales, pastorales y también institucionales” para salir de un modelo de pastoral meramente de “conservación” y asumir un modelo de pastoral claramente misionero (DA 370), no sólo al interior de la comunidad eclesial sino hacia fuera, de tal modo que sea explícito el compromiso de toda la Iglesia con la misión ad gentes, es decir, dispuesta a ir en aquellos ambientes socioculturales donde Cristo aún no es reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente” (DA 373-379).

### *Ámbitos de la acción misionera como servicio al Reino de vida (Perspectiva reinocéntrica)*

La Iglesia está al servicio del Reino. En esa perspectiva quiere dar prioridad a algunos ámbitos, porque sabe que así dará respuesta a los anhelos de nuestros pueblos, éstos son:



- **La justicia social:** Es la tarea orientada a elevar el nivel de vida de los ciudadanos, convirtiéndolos en sujetos de su propio desarrollo. En contextos marcados por la injusticia institucionalizada y por la desigualdad social, como sucede en América Latina, es necesario trabajar por un orden social más justo y participativo. Esto exige unir esfuerzos con hombres y mujeres de buena voluntad, con los Gobiernos y la Sociedad Civil para organizar estructuras más justas que consoliden un orden social, económico y político que favorezcan la superación de toda forma de desigualdad, se generen nuevas oportunidades para todos y se abran espacios para la auténtica convivencia entre las personas y los pueblos (DA 380-386).
- **La defensa y promoción de la dignidad humana.** Trabajar en este campo es importante, sobre todo, frente al contexto cultural contemporáneo, el cual promueve estilos de vida que atentan contra la dignidad humana al poner los ídolos del poder, la riqueza y el placer por encima del valor de la persona, haciendo de esas realidades la norma máxima y el criterio decisivo en la organización y funcionamiento de la sociedad (DA 387-390).
- **La opción por los pobres.** Esta opción es una exigencia que brota de la fe en Jesucristo y esta vinculada a la preocupación de la Iglesia por la dignidad de la persona, el desarrollo integral humano y social y la participación en una vida digna y feliz para todos. Esta preocupación y exigencia ha de traducirse en formas concretas de solidaridad “como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio” para apoyar la defensa de sus derechos y convertirlos en “sujetos de cambio y transformación de su situación” (DA 391-398).

Aparecida, además de reconocer los rostros de los nuevos excluidos (DA 402) llama la atención de aquellos rostros sufrientes que más duelen: personas en situación de calle (DA 407-410), los migrantes (DA 411-416) los enfermos, (DA 417-421), las víctimas de la droga (DA 422-426), los privados de libertad (427-4430).

- **La pastoral social.** Es el instrumento de la Iglesia para luchar por la justicia social, promover la dignidad humana y concretar su amor solidario por los pobres, es la pastoral social. Desde ese espacio hace su contribución a la construcción de una sociedad

más justa. Con una pastoral social renovada, estructurada, orgánica e integral, la Iglesia podrá hacerse presente en las nuevas realidades de exclusión y marginación que viven millones de latinoamericanos actualmente. (DA 399- 405)

*En defensa y promoción de la familia  
(Perspectiva del evangelio de la familia)*

La misión de la Iglesia al servicio de la vida, exige un firme compromiso a favor de la familia, haciendo de ella “uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia”. Este compromiso exige “una pastoral familiar intensa y vigorosa” en la Iglesia local, que asuma con firmeza y creatividad el anuncio del evangelio de la familia, la promoción de la cultura de la vida, la defensa y promoción de los derechos de la familia (DA 435).

Exige también una particular atención pastoral a los niños y niñas en la que se comprometan toda la Iglesia particular, las instituciones del Estado y la misma familia (DA 438-441); mantener viva la opción por los adolescentes y los jóvenes pues son la gran mayoría de nuestra población y constituyen un gran potencial (DA 442-446), cultivar la atención al adulto mayor para que vivan el seguimiento de Cristo y participen de la misión evangelizadora (DA 447-450).

Es importante además, abrir espacios a la participación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia (DA 451-458); redescubrir el rol del padre de familia resaltando su vocación en el matrimonio, la familia, la Iglesia y la sociedad (DA 459-463); poner en marcha una coherente pastoral de la defensa de la vida que ayude a valorarla como don gratuito de Dios (DA 464-469); y por último la Pastoral del medio ambiente, que ayude a descubrir el don de la creación, el valor del planeta como casa de todos, la defensa de los recursos naturales y su uso racional y sostenible, la búsqueda de un desarrollo alternativo, integral y solidario. (DA 470-475).

*La evangelización de la cultura  
(Perspectiva de la pastoral de la cultura)*

La evangelización de la cultura o de las culturas es fundamental para que el evangelio y sus valores se encarne en ellas, las purifique,



promueva el desarrollo de sus virtualidades y las enriquezca; (DA 477) y por su parte, el evangelio resplandezca en todo su esplendor, emerja la belleza del rostro de Cristo y Dios sea todo en todos.

Aparecida señala aquellas *mediaciones* que, que promueven el encuentro entre la fe y las culturas: *La educación*: como un bien público que corresponde a los Estados hacer que llegue a todos y se ponga al servicio de la vida (DA 481-483); *los medios de comunicación social*, sobre todo cuando se ponen al servicio de la causa del Evangelio y de la construcción de la cultura de la vida, cuando como Iglesia mostramos una valoración y empatía frente a la “nueva cultura de la comunicación, cuando ofrecemos formación a los agentes de pastoral sobre la cultura mediática, cuando despertamos el sentido crítico en el uso de tales medios, cuando trabajamos intensamente para superar la “exclusión digital” mediante “puntos de red y salas digitales” proponiendo nuevas iniciativas (DA 486); *los centros de decisión* en los que participan empresarios, políticos, formadores de opinión, líderes sindicales y de organizaciones sociales; personas que pertenecen al mundo del turismo y del entretenimiento, al campo de la ciencia y de la técnica y al ámbito del arte y la cultura (491-500); *la vida pública*, abarca aquellos ámbitos de la vida social en los que se juega “la cosa política” y la vida económica, que han de ser iluminados y enriquecidos con los valores del Evangelio, para ello la Iglesia requiere de “líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas” (DA 501-508).

Estas mediaciones demandan “un laicado capaz”, para “actuar como sujeto eclesial y competente interlocutor entre la iglesia y la sociedad”; optimizar el uso de los diversos medios de comunicación social para el dialogo Iglesia y mundo; y capacitar a los ministros ordenados y personas consagradas para que sean formadores de opinión (DA 491- 500).

318

*Las pastorales*, según el Documento de Aparecida, que habrá que impulsar para potenciar la evangelización de la cultura son: **Pastoral urbana**, que ayude a “realizar con alegría y valentía la evangelización de la ciudad actual”, teniendo como destinatarios “las élites económicas, sociales y políticas; la clase media y la gran multitud de pobres” y con capacidad para responder a sus anhelos y esperanzas, a sus dolores y

sufrimientos. (DA 509- 518); la **pastoral rural**, renovada, que fortalezca la identidad de quienes viven en el campo y promueva el desarrollo integral, y que el anuncio del evangelio enriquezca sus culturas y consolide sus relaciones comunitarias. (DA 519) y la **pastoral indígena y afroamericana**, capaz de reconocer “las semillas del Verbo” en sus tradiciones y culturas, de valorar su “aprecio comunitario por la vida”, de defender sus identidades y organizaciones, de denunciar toda forma de discriminación y racismo, y de encarnar los valores del evangelio y la nueva vida en Cristo (DA 529-533).

## Conclusión

La vida plena en Cristo que la Iglesia ofrece a los pueblos de América Latina y El Caribe se inserta en la dinámica de todo un proyecto misionero que anhela impulsar durante los próximos años. Tal proyecto se plantea como:

- prolongación del acontecimiento Aparecida, la Iglesia quiere vivir en la alegría del seguimiento del Señor reconociéndose discípula; siempre en camino, aprendiendo del Maestro
- redescubrimiento de su misma identidad, pues ella existe para anunciar la Buena Nueva; es misionera por naturaleza
- un servicio a la unidad y fraternidad, a la reconciliación y a la solidaridad entre los pueblos y naciones de América Latina y El Caribe, pues ella sabe que debe animar a cada pueblo para construir la patria grande donde el desarrollo integral sea para todos y donde se instaure la justicia y la paz, la libertad y el amor.

